

Prefacio
No soy un premio Nobel
Tim Minchin
En: *The best Australian science writing*
2013

Las dos colecciones anteriores de esta excelente serie han contenido prefacios escritos por ganadores del premio Nobel, así que en búsqueda del equilibrio –supongo– el prefacio de este año está escrito por alguien que de forma harto espectacular carece de premios Nobel. Por lo tanto, en lugar de decir algo sabio o profundo, comenzaré con la salud dental de la gente de Oregon, EE.UU.

Sólo he visitado Portland una vez, pero ¡wow! Es una gran ciudad –su población es ejemplo de liberalismo y estética, lucen tantos tatuajes que no podrías apuntar un láser de arrepentimiento a todos ellos y se jactan de tener la mayor tasa de cabellos tinturados del planeta. Buena música, arte, un café maravilloso... es mi tipo de ciudad. Excepto porque, recientemente, sus residentes votaron (por cuarta vez desde los años 1950s) contra la adición de fluoruro al agua que es suministrada al público. Es como si tener una sirena tatuada en la espalda fuera impedimento para hacer interpretaciones sensibles de los datos, o como si llevar el cabello despeinado y pintado de rosa operase como una especie de atrapa-sueños de teorías de la conspiración.

Esta correlación aparentemente inversa entre interés artístico y alfabetización científica parece aplicarse en todo el mundo. Vayan a Byron Bay en Nueva Gales del Sur y encontrarán más pintores y músicos per cápita que en cualquier otro lugar del país e –inevitablemente– una cantidad semejante de lectores del aura, homeópatas y opositores a las vacunas. Claramente nada en la vida es gratis: quieres escuchar buen blues, tienes que dejarte leer la palma de la mano (y probablemente contraer sarampión en el proceso).

Como artista que se excita con las estadísticas (entre otras cosas), encuentro esta situación profundamente perturbadora. Pero calculo (y sí, es apenas un cálculo: una de las muchas ventajas de no ser un premio Nobel es que puedo formular hipótesis con relativa impunidad) que la relación aparente entre inclinación por el arte y anti-ciencia es el resultado de que la gente actúa según expectativas culturales y suscribe mitos populares, en lugar de ser [estos comportamientos] un resultado genuino de su tipo de personalidad o de su intelecto. Me pregunto si los artistas se identifican a sí mismos como espirituales (sea lo que sea que eso signifique) y rechazan el materialismo por la misma razón por la que lucen una boina o comienzan a fumar: por pura adhesión a un estereotipo percibido, más que por una característica fundamental de personalidad, o un cerebro creativo.

La ciencia es un rasgo masculino y el arte un rasgo femenino; la gente es “predominantemente orientada por el hemisferio derecho del cerebro” o “predominantemente orientada por el hemisferio izquierdo”; una visión materialista es un impedimento para la imaginación; tienes que creer en la magia para escribir mágicamente –

todas estas antinomias nos son familiares, y todas ellas son mitos. O, si no son totalmente mitos, son en todo caso categorizaciones torpes e improductivas.

En el centro de la visión que algunos artistas tienen de la ciencia está la suposición de que la ciencia no es romántica. La belleza de la forma humana se revela mejor con carboncillo que con escalpelo. El amor debería ser expresado en un soneto, no medido a través de una resonancia magnética. Una puesta de sol debe ser fotografiada y pintada o reflejada en una canción, pero emocionarse con su tasa de fusión o con el hecho de que representa básicamente toda la masa del sistema solar es algo que suele ser visto como... antipoético.

Y más aún: la fruta del árbol del conocimiento te robará el paraíso. Los hechos son los opuesto a la inspiración. Los científicos son fríos, aburridos y amorales. Si rechazas lo espiritual, nunca accederás a lo sublime.

Por supuesto, estoy construyendo un hombre de paja¹ sólo para quemarlo, al maldito.

La ciencia no es un montón de hechos. La ciencia no son personas que están tratando de ser prescriptivas o autoritarias. La ciencia es simplemente la palabra que utilizamos para describir un método para organizar nuestra insaciable curiosidad. Simplemente es más fácil, en una fiesta con amigos, decir “ciencia” que decir “la adquisición acumulativa de comprensión a través de la observación, medida por la consciencia de nuestra tendencia al sesgo intelectual”.

Douglas Adams dijo: “en cualquier momento optaría por el asombro de la comprensión y no por el terror de la ignorancia”.

La ciencia no es lo opuesto al arte (ni lo opuesto a la espiritualidad, sea lo que sea), y no tienes que negar el conocimiento científico para poder hacer cosas hermosas. O al contrario.

La gran escritura científica es el arte de comunicar “el asombro de la comprensión”, de forma que los lectores puedan disfrutar con la belleza de un conocimiento más profundo de nuestro mundo.

Este libro es un recordatorio pequeño, ilustrativo y emocionante de que el arte y la ciencia se alimentan el uno al otro, se necesitan el uno al otro, son el otro. No hay conflicto entre arte y ciencia: sólo hay búsquedas muy atentas de buenas ideas.

¹ “La falacia del hombre de paja o del espantapájaros es una falacia que consiste en caricaturizar los argumentos o la posición del oponente, tergiversando, exagerando o cambiando el significado de sus palabras (del oponente) para facilitar un ataque lingüístico o dialéctico. El nombre viene de los hombres de paja que se usan para entrenar en el combate y que son fáciles de abatir. Del mismo modo, el argumentador no combate los argumentos contrarios, sino una imitación falsa y vulnerable de los mismos (el «hombre de paja») a fin de dar la ilusión de vencerlos con facilidad”.